

**“CONSTRUYENDO EXPERIENCIAS DE EXILIOS LITERARIOS”. PERSPECTIVA TEÓRICO-  
METODOLÓGICA SOBRE EL ABORDAJE DE EXPERIENCIAS DE ESCRITORES EXILIADOS**

**Mtro. Alan Yosafat Rico Malacara**  
**alanrico@políticas.unam.mx**

### **Introducción**

«Vivimos en un mundo y en un momento declaradamente globales», dice Homi K. Bhabha (1999) en su ensayo *Arrivals and departures*; afirmación que pareciera un tanto obvia en la actualidad; la globalización es uno de los tópicos centrales de nuestro tiempo. Sin embargo, pensar este tema como una obviedad ha llevado muchas veces a entender incorrectamente los procesos y particularidades que ésta ha desencadenado a lo largo del mundo. Nos transita pensarla como una homogeneización unitaria, como una superposición de una supuesta «cultura global» de dudosa existencia, como una necesidad de supresión de culturas particulares para dar paso a dicha globalidad. Evidentemente, podemos reflexionar acerca de lo «global» como una característica de nuestra era que nos permite conocer otras culturas, eso es innegable. Pero ¿qué se esconde detrás de ese «conocimiento» abierto hacia otras formas culturales? Este cuestionamiento acarrea una discusión acerca de la idea de arraigo y de sistemas de pertenencia. Los extremos de estas discusiones puede llevarnos, por un lado, a la solidificación de la cultura, es decir, a tratar de encasillarse en la idea de que la cultura («nuestra cultura») es hermética, con fronteras entre ellas finamente trazables y posiblemente impermeable a otras formas de expresión cultural. Ese hermetismo cultural conlleva a una discriminación de otras maneras de pensar el mundo y esto fácilmente es vía de violencia de todo tipo. Por otro lado, junto la celebración de un «mundo declaradamente global» acecha la posibilidad de un borramiento de anclajes culturales. Tratar de desdibujar las fronteras que se trazan con cada expresión cultural en el mundo y encasillar estas expresiones en un mismo universo de posible significación reduce infinitamente la diversidad de maneras que los seres humanos experimentan la vida social en general. Ambos extremos (tanto el hermetismo cultural como la homogeneización forzosa), son peligrosos y para nada deseables.

Aún así, hoy en día pareciera que tenemos la capacidad de encontrarnos en «todos lados», gracias al avance de las telecomunicaciones y los transportes. El tiempo se ha hecho casi instantáneo y acercarnos de un punto del planeta a otro es en extremo fácil.

Viajes turísticos, migraciones, desplazamientos forzosos por igual han proliferado en la época actual rumbo a cualquier rincón del mundo, lo cual plantea un reto para la comprensión de nociones como el arraigo y la identificación con formas «sólidas» (para hablar en código baumaniano) de apropiación de la cultura, de nuestra cultura: no escurridizas ni huidizas; lo cual también despierta una disputa antañona que data al menos de los socráticos: «ser extranjero en todas partes» (Aristipo) y «en todas partes me encuentro en casa» (estoicismo). Estos tipos de cosmopolitismo aunado con la situación globalizada de la actualidad plantea diversas visiones y perspectivas cuando hablamos de la conceptualización del exilio. ¿Cómo hablar de «desplazados» en un mundo donde pareciera que todos lo estamos, aunque sea en cierto grado? ¿Cómo es posible y conveniente estudiar el exilio bajo esta rúbrica globalizante y globalizadora? ¿Qué tipos de anclajes culturales o sociales están posibilitados de ofrecernos algún tipo de seguridad estos tiempos globales?

El hecho de vivir en un mundo donde, digamos, el hogar se ha desplazado quizá a ninguna parte, plantea igualmente nuevos retos al acercamiento de la noción de exilio y exiliado, en particular, dentro de las ciencias sociales. ¿Cómo abordar el exilio? ¿Bajo singularidades o bajo grandes conceptualizaciones sociológicas? ¿Se puede hacer una síntesis de ambas posturas: hacer un esfuerzo por conceptualizar sociológicamente a partir de *experiencias* singulares del exilio?

¿Realmente será tal el desarraigo donde todo se encuentra desplazado o difuminado a tal grado que la discusión acerca del exilio queda obsoleta? No lo creo. Sin embargo, hoy en día, por ejemplo, encontramos una perspectiva del pensamiento sociológico en relación a los desplazamientos que tiene que ver con una postura enaltecida del nomadismo, como una metáfora utilizada en la teoría actualmente, y sus formas de desarraigo. Autores como Michel Maffesoli realzan la postura del nomadismo como un impulso actual hacia una vida errante, anteponiendo los beneficios de la movilidad por encima de lo terrenal y lo establecido, y con ello, valores como la flexibilidad, el desarraigo, la transitoriedad y lo efímero son enaltecidos. «El nomadismo continúa siendo un sueño tenaz que evoca el poder para instituir y por lo tanto alivia la pesadez mortífera de lo instituido», dice Maffesoli (2005). ¿Será verdad que lo instituido conlleva una «pesadez mortífera»?

Si el exilio es una forma de anhelo por el hogar, el nomadismo y sus defensores reniegan esa búsqueda alegando el hallazgo del hogar en cualquier parte. La exageración de lo efímero por encima de lo instituido o lo establecido vino como respuesta a una

modernidad que terminó por «solidificar» al extremo procesos y representaciones sociales, como bien apunta Zygmunt Bauman (2010). Sin embargo, esto no quiere decir que esa postura sea la correcta para vivir en los tiempos que suceden actualmente. Se le ha denunciado, y con razón, a posturas como el nomadismo de nublar la totalidad de la visión de diferentes realidades sociales empíricas y enfocarse solamente en un tipo de movilidad propio de las sociedades contemporáneas que pierde de vista otros sujetos sociales que no encajan en esta dinámica de movilización mundial, es decir, no podemos hablar de una realidad global donde cualquier persona tiene a su alcance la elección de trasladarse de un lugar a otro; un ejemplo de esto es el turista, viajero por decisión propia. Esta noción pierde de vista que existen otras figuras que se movilizan casi siempre en contra de su voluntad por diversos conflictos en los contextos en los que se encuentran. Así, figuras como los refugiados, desterrados o exiliados desaparecen de la visión de estas posturas, pero que no habrá que perder de vista.

La situación del desplazamiento no es una situación generalmente privilegiada — como lo argumenta la postura «nomadista»—, al contrario, puede ser la búsqueda para dar sentido a ciertas situaciones específicas en la que se encuentran tales figuras como exiliado, refugiado o desplazado y, por otro lado, puede ser un esfuerzo de los mismos por encontrar arraigo en algún elemento de la realidad en la que se encuentran insertos. Muchas veces hace falta un «anclaje» a esta realidad para conservar el sentido de la misma. Un ejemplo teórico importante sobre esto es aquel que realizó la antropóloga Liisa Malkki en su etnografía *Purity and exile* (1995), donde, tras indagar en campos de refugiados hutus en Tanzania, halló que no sólo el desplazamiento forzoso hacia otras latitudes africanas afectó a esta población, sino que, aún así, dichos refugiados produjeron cosmovisiones que los diferenciaran de otro tipo de desplazado y que esa producción creaba una consciencia particular y un sentido de pertenencia entre los mismos grupos. Esto promueve una forma de arraigo, de apropiación del territorio y del mundo en general.

El interés principal de este documento es indagar por la *experiencia* —como herramienta conceptual— que pueda dar cuenta tanto de la subjetividad como de las condiciones estructurales que aquí hemos delineado un poco. De esta forma, la categoría de *experiencia del escritor exiliado* será importante para proponer nuevos caminos teórico-metodológicos para aproximarse al fenómeno social del exilio.

### ***La experiencia: relaciones entre estructuras e individuos***

Si bien la sociología desde sus inicios ha tenido presente que las experiencias de los individuos son una parte importante de sus indagaciones, no hubo una problematización de dichas experiencias de manera formal. Marx (2001) efectivamente se preocupó por la consciencia de clase como eje rector de la organización social —situación que, como ya vimos, fue la piedra angular de las investigaciones de los historiadores británicos de la segunda mitad del siglo XX—, Durkheim (2012) cuestionó las posibilidades de la experiencia individual a partir del concepto de representaciones colectivas; para Weber (2008) el sentido mentado de la acción y su causalidad dependía en parte de las experiencias sociales del individuo, Simmel (2014) hacía, sucintamente, de una noción de experiencia la base de percepciones y sensaciones que configuraban el mundo social.

En este sentido, en esta sección nos enfocaremos en la implicaciones particulares que tiene el concepto de experiencia en la sociología, a partir de tres vías: 1. Los esfuerzos teóricos de tres autores que tratan de dar cuenta de la relación estructura-agencia utilizando como base el concepto de experiencia; hablamos puntualmente de Schütz (1993; 2003), Foucault (2003; 2013) y Dubet (2010). 2. El concepto de representaciones sociales ha abandonado la exclusividad de la psicología social y ha ampliado su rango hacia las demás ciencias de la sociedad, por ello su introducción al estudio de la experiencia sociológica nos percatamos de que la relación entre ésta y aquéllas son esenciales, casi orgánicas, al punto de afirmar que no podemos pensar una sin la otra. Estudios como los de Denise Jodelet (2008), Wolfgang Wagner y Fátima Flores (2010) o Jean-Claude Abric (2004) dan sustento de esto. 3. Asimismo, los cambios sociales de los últimos treinta años, han hecho que la categoría de reflexividad sea una herramienta conceptual central en las ciencias sociales, situación que no dejamos de pasar desapercibida cuando queremos enmarcar a la experiencia dentro de las discusiones sociológicas. Los tres autores en los que nos basamos —Foucault, Schütz y Dubet—, que auxilian la comprensión de la experiencia desde una visión sociológica alimentan perfectamente la incursión de ambos conceptos —reflexividad y representaciones sociales—, fundamentales para comprender la complejidad de las sociedades; desde luego, aquí lo enmarcaremos en el caso de la experiencia y, posteriormente, la misma en escritores exiliados.

Dejando de lado la obviedad de las condicionantes sociales en nuestros actos, las cuestiones a resolver son las siguientes: ¿de qué formas lo social se expresa en los actos individuales? ¿Qué tanta posibilidad de creación o invención —agencia— tenemos las personas si estamos constreñidas a estructuras sociales? Estos cuestionamientos han

rondado mayoritariamente los estudios sociológicos de mayor y menor alcance. Repetimos, para tratar de responder a tales preguntas, este trabajo se apoya en el concepto de experiencia, ya que, aunque la tesis principal de este trabajo es acerca del arte literario, no debemos olvidar que éste también está estructurado socialmente y, justamente, para comprenderlo hay que dar cuenta de los aspectos sociológicos fundamentales. De tal forma, en esta sección trataremos de responder la pregunta que alguna vez se formuló Durkheim en relación a la religión: «De lo que se trata es precisamente de saber cómo es que la experiencia no se basta a sí misma, sino supone condiciones que le son exteriores y anteriores, y cómo es que esas condiciones se realizan, cuando y como se precisa» (Durkheim, 2012).

La clave para comprender la relación *sujeto-realidad* era lo que se denominaba sentido y para tener una correcta comprensión [*Verstehen*] del sentido hay que apelar a la interpretación. Así, toda comprensión de la experiencia se basa en la interpretación hermenéutica. «Tener» una experiencia se diferencia de la «mera» experiencia por el hecho de que en la primera toda la carga histórica nos sumerge en una estructura relacional, en la cual otorgamos un sentido. Para Weber, por ejemplo, esta noción de experiencia vivida socialmente es el fundamento de la acción, de su sentido y de sus consecuencias, «cuando alguien basándose en los datos ofrecidos por “hechos” de la experiencia que nos son “conocidos” y en fines dados, deduce para su acción las consecuencias claramente inferibles (según nuestra experiencia) acerca de la clase de “medios” a emplear» (Weber, 2008). Las acciones y sus significaciones están mediadas por la experiencia, pero esa experiencia es una vivencia sociohistórica, es decir, relacional y temporal.

Si la acción social es la base de la sociología, para la corriente comprensiva lo fundamental es el significado que un sujeto particular le otorga a dicha acción y las maneras de interpretación de dicha acción. Ese significado está mediado por la experiencia. Todo sentido está mediado por la posición del sujeto, posición que se desglosa individual y temporalmente gracias a la situación biográfica de la persona. Por tanto, para comprender la experiencia de un individuo hay que construir su *situación biográfica*. No hay que perder de vista que esta situación es intersubjetiva. No hay biografía que no sea relacional: los otros individuos, las estructuras y las instituciones, las tipificaciones y los sucesos sociales; todos están en relación al sujeto que produce experiencias. Si queremos dar cuenta de la experiencia habrá que indagar por cómo ésta se encuentra afectada por el mundo y, por lo tanto, condiciona la interpretación de los

sucesos de la vida social y la acción sobre ella. Es un doble condicionamiento: la experiencia está condicionada por el mundo social y, a la vez, ésta condiciona nuestra interpretación que damos de vivencias específicas. Entonces, comprender una acción particular significa indagar en la interpretación hecha por el individuo desde una experiencia construida sociohistóricamente, es decir, apelar a un proceso hermenéutico. Comprender una experiencia es comprender también el mundo social donde se produce, e igualmente comprender la trayectoria biográfica de aquel o aquella que construye dicha experiencia y le otorga un sentido específico.

Foucault, por su parte, nos alerta acerca de caer en simplezas y creer que existe una aproximación inmediata al mundo; al contrario, nos insta a comprender que toda percepción se encuentra ya codificada y que el sujeto, aunque pueda logre establecerse como dotador de sentido, es primero un «emanación de las estructuras». Este rasgo es parte de lo que denomina subjetivación, es decir, un proceso donde se organizan estructuralmente las posibilidades de consciencia de sí de un sujeto, el cual deja de ser ente cartesiano y trascendental, y pasa a ser una forma moldeada por las estructuras históricas, sociales y discursivas. El sujeto no es ya algo dado y autoconsciente, sino una constante pugna de definición (Hermo, 2015). De tal manera, la experiencia pasa a formar parte de este proceso de subjetivación estructural, y su definición se convierte en una política. Esta política de (por) la experiencia se genera a través de una interrelación de poderes; la posibilidad de tener una experiencia se fundamenta en la correlación histórica entre «campos del saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad» (Foucault, 2009). Con Foucault comprendemos que hay que reconstruir las condiciones generales que posibilitan una experiencia antes que prestar atención al sujeto. Es la experiencia la que construye al sujeto y no al revés; son los condicionantes estructurales y sus relaciones político-históricas los que abren posibilidad de experiencias particulares; aquéllas son la base inextricable de éstas.

De esta manera, para entender una (posterior) subjetivación realizada por el individuo, habrá que visibilizar la faceta previa a dicho proceso subjetivo, esto es, la comprensión de la constitución del sujeto de la experiencia y la producción de una subjetividad con un punto de vista particular, son antecedentes por los procesos que estructuran sociohistóricamente la apropiación del mundo. La pregunta que surge, entonces, es ¿cómo podemos acceder a esos elementos previos a la apropiación y a la subjetivación, que se encuentran determinados por condiciones sociales y estructurales?

Asestamos una posible respuesta hacia la teoría de las *representaciones sociales*, fundada por Moscovici, bajo el auspicio crítico de la sociología durkheimiana.

La importancia de las representaciones sociales y su teorización radica, principalmente, en que si queremos saber cómo se construye una experiencia —a partir de un proceso de apropiación de elementos de la realidad social—, debemos develar las formas en que dichos elementos están estructurados, lo cual nos remite a aquellas representaciones que forman parte de la «información social» que disponemos para llevar a cabo dicha apropiación. La relación entre representaciones sociales y experiencia es importante en la medida en que comprendemos que la apropiación del mundo social está mediada por tales representaciones. No hay apropiación de la realidad que sea «inocente» o «sin filtros». Tanto la apropiación, como la visión y las consecuencias prácticas de las mismas están estructuradas por una posición en el espacio social y esta posición se encuentra cargada de representaciones sociales particulares. La inclusión de la teoría de representaciones sociales nos lleva, de nuevo, a la configuración de la experiencia en términos epistemológicos. La experiencia es aquello a lo que apelamos cuando construimos nuestra visión particular de la realidad, pero cualquier visión experiencial se encuentra previamente articulada por una serie de representaciones construidas socialmente de las cuales el individuo se alimenta para configurar su relación con la realidad social; codifica nuestro acercamiento al mundo social al que nos enfrentamos diariamente, vela el posible conocimiento de elementos pasados, presentes y futuros.

Sin embargo, una experiencia social no sólo depende de la integración institucionalizada a estructuras heterogéneas, ni de la relativa autonomía de acciones estratégicas que dan cuenta de las tensiones entre diferentes dimensiones, sino también de una distancia crítica respecto de «lo vivido» que construye subjetividad; esta distancia se produce debido a que el agente actúa en esferas diferenciadas y heterogéneas del mundo social y, por lo tanto, sus lógicas de integración y de estrategización varían dependiendo del lugar que esté ocupando en un espacio social determinado, lo cual exige del actor un trabajo de asunción crítica de roles, lo que otros sociólogos como Giddens (2006) denominan *reflexividad*. Podemos razonarlo de la siguiente manera: el mundo social, al estar parcelado en varias dimensiones con lógicas heterogéneas, hace al individuo transitar entre ellas continuamente, lo cual genera tensiones tanto entre las lógicas diferenciadas como en la constitución de una subjetividad. El individuo de Dubet comienza siendo un actor disociado con vivencias parceladas debido a que actúa en el

marco de diversas esferas de la vida social y —reformulando planteamientos de Weber— yuxtapone múltiples *selves*, los cuales, evidentemente, se encuentran en tensión.

Para comprender nuestro flujo pasado de vivencias —que ya no se encuentran sino en el pasado— debemos construirlas como experiencias, es decir, construir una subjetividad temporal, histórica y cargada de significaciones. Es ese espacio de cimentación subjetiva de la experiencia, donde el sujeto tiene la posibilidad de construirse. El sujeto no es algo terminado, es siempre un haciendo, y en ese trabajo es necesaria un cierto grado de distancia crítica reflexiva. Por lo tanto, para comprender qué es una experiencia-para-alguien hay que transformar un Yo en un Mí (Mead, 2016).

Ahora bien, preliminarmente, habría que decir que el trabajo que también hace el investigador de dotar de un sentido ulterior la cuestión de la experiencia, es decir, también el otro que interpela —en este caso, el que redacta estas líneas— también tiene un papel fundamental dentro del proceso de construir una experiencia. La importancia de este último punto radica en que devela una característica epistemológica fundamental de la experiencia, esto es, que ésta tampoco se basta de unas condiciones estructurales determinadas, sino que debe haber una narración hacia algún «otro» para que se complete esa construcción. De tal manera que la intersubjetividad —en este caso, narrada— también es fundamental para construir experiencias. El investigador, en este caso, es ese escucha de segundo orden que construye una experiencia y le da trascendencia, no ya como relato en términos de materia prima, sino como un constructo sociológico capaz de ser operativo metodológicamente.

De tal manera, apelando a que la experiencia no es un objeto que «esté ahí» sólo para ser «recolectado», sino que más bien es una construcción, habrá que recalcar que estos procesos de subjetivación que apelan a una experienciación no son de ninguna manera contruidos «en el aire» sino que dependen de tres elementos que ya mencionamos anteriormente: primero, las condiciones estructurales que también determinan esa construcción (Foucault, Jodelet). Segundo, el aspecto de que dicho ensamblaje se hace de manera narrativa (Benjamin); en este sentido, podemos decir que, para este trabajo, no hay experiencia fuera de su narración. Tercero, esa narración es, sin lugar a dudas, un elemento de reflexividad (Mead, Dubet). Así, encontramos una posible relación entre experiencia, narración y reflexividad.

### ***El estudio de la literatura: representaciones artísticas en figuraciones sociales***



En el plano del estudio del arte desde la perspectiva sociológica se ha hecho costumbre remitirnos a la Sociología del Arte, tradición que —de manera dominante— se retrotrae desde Karl Marx hasta Pierre Bourdieu.

Marx, por ejemplo, iguala todo producto artístico con cualquier otro tipo de producción: «El objeto de arte —de igual modo que cualquier otro producto— crea un público sensible al arte, capaz de goce estético» (Marx, 2007), que, ligado a su clásica idea de que la estructura determina la dinámica superestructural, nos permite concluir que el arte no es, para Marx al igual que toda la corriente marxista que deviene de ese pensamiento, sólo un producto más de la dinámica material; con características particulares, pero un mero producto al fin. Por ejemplo, otro filósofo del arte de perspectiva marxista como es Marc Ickowicz, comenta que «la obra de arte está ciertamente determinada por el estado general de los espíritus y de las costumbres de la época» (citado en Bastide, 2006). Esta lógica es renovada por Lukács o por Goldmann al agregar otros conceptos o intermediarios en la relación entre la estructura social y la superestructura artística.

En un plano más contemporáneo, uno de los últimos grandes referentes de la teoría sociológica, Pierre Bourdieu, retoma la discusión marxista de la relación arte-sociedad situándola en su lógica de los campos. Según Bourdieu, explicando la lógica relacional del campo artístico podemos develar la lógica de la obra artística: «[las obras artísticas] no son esencias eternas que hayan surgido ya armadas del cerebro humano sino los productos históricos de un tipo concreto de labor histórica ejecutada según las reglas y las regularidades específicas de este mundo social particular» (Bourdieu, 2007). Efectivamente, es innegable el origen social de toda obra (artística o no), pero agotar la lógica de un texto literario a su dinámica social parece reduccionista.

El aporte bourdieano de resaltar la autonomía del campo artístico —con sus lógicas propias, sus tiempos y ritmos particulares, con capitales específicos construidos— parece significativo ya que, para adentrarse a la obra de arte, el estudio de la dinámica autónoma del campo artístico es indispensable.

Para este trabajo, la visión del arte como una representación resulta fundamental: el arte de lo social y para lo social (Becker, 2015). Esa representación necesariamente hace uso de herramientas sociales para producirse; a fin de cuentas, el arte también es un producto y se encuentra instalado en un proceso. Debemos entender la noción del arte en su faceta de representación social como una producción. Aclarar esta noción de producción literaria tiene varias implicaciones. Por un lado, como su nombre lo indica, la

producción denota proceso y proceso denota tiempo. Una obra de arte (literaria, en este caso) se va construyendo en un proceso con una dimensión temporal incierta y que, en su construcción, es polifacético, ya que el autor, para edificar tal obra, utiliza múltiples elementos de la realidad de manera distinta y los conjunta con una creatividad personal y que elabora en un determinado espacio y tiempo, todo lo cual resulta en tal o cual obra. Multitemporal y multidimensional, así es la producción de una obra literaria. Así, al ubicar en un proceso de múltiples dimensiones y con múltiples tiempos, siempre anclados a lo social, podemos dar apertura a una construcción sociológica de la obra de arte como objeto.

Hay que aunar a estas características de la obra literaria, la propuesta filosófica—aventurada, sí, pero muchas veces certera— de Theodor Adorno. Adorno plantea que las circunstancias internas mismas del texto artístico nos permiten dilucidar las condiciones sociales de los individuos productores y de la época donde determinado texto es creado (Witkin, 2000; Adorno, ). El texto literario debe, según este filósofo alemán, promover la dialéctica sociedad-arte, permitiendo la infinita renovación de ambas; si no la promueve ni la posibilita, no podemos llamar arte a tal expresión. Entonces, según Adorno, hay que encontrar en el texto (en este caso literario), los elementos sociales y artísticos —estéticos y anestéticos, en la antropología de Bastide— que ahí se hallan. ¿Cómo se logra esto, para este pensador frankfurtiano? Indagando en la esencia profunda del arte; desproveyéndola de cualquier ornamentación innecesaria que nuble la «vista en busca de dialéctica» artística y social.

Sin embargo, también al resaltar a la literatura como un proceso de producción que genera representaciones nos acercamos a la pregunta de ¿qué representa tal producto? ¿Qué queremos decir con «representación»? ¿Tal representación obedece únicamente a condicionamientos sociales? La respuesta a estas preguntas me acerca a la filosofía de Jean-Luc Nancy (2007), quien expone que representar no es ilustrar o copiar; el prefijo re- da un carácter de intensificación; la representación es una «presentación recalcada» (Nancy, 2007, p. 36), que, epistemológicamente, muestra al objeto con otras características nuevas, fundadas en el proceso de creatividad. El objeto que forma parte del arte no es un objeto que encontramos en la vida cotidiana, sino que es una representación, una presentación intensificada por la forma en que la percepción se apropia de esos objetos.

### *Construyendo experiencias de escritores exiliados: fusión de perspectivas epistemológicas*

El estudio de rupturas sociales debido a desplazamientos (muchas veces forzados) ha posibilitado que afloren diversidad de expresiones sociales de reconfiguración de subjetividades, identidades, representaciones y percepciones sociales. El exilio, como una condición sui generis de desplazamientos forzados, ha dado pie a muchas investigaciones donde la relación entre tal situación y la reconstrucción identitaria se pone en primer plano; por ejemplo, la antropóloga Margarita del Olmo hace hincapié en la importancia de los «quiebres sociales», que generan crisis de identidad (Del Olmo, 2007). La relación entre identidad y exilio ha sido abordada constantemente en las ciencias sociales. Es en momentos de ruptura social —como lo es sin duda el exilio—, donde se concientiza la valía de la construcción identitaria. No es casualidad que mucha de la literatura del exilio tenga una gran preocupación por la constitución de subjetividades y, viceversa, cuando hablamos de identidades sociales, construcción de la relación del yo y su entorno, siempre surge el espacio para reflexionar acerca de momentos de quiebre, momentos intersticiales, que ponen en tensión dichas nociones de identidad. El exiliado como una figura importante del mundo actual provee de paradigmas importantes a la sociología de la identidad y en su expresión en el mundo cotidiano. Su testimonio puede dar cuenta de muchos factores importantes de la construcción de ésta. La misma reconstrucción de su historia de vida resulta ser un paso importante para la objetivación de la construcción de subjetividades.

Dentro de la amplia gama de exiliados, se distingue la particularidad de la condición del escritor que atraviesa por esta situación y que, por ello, funge un papel significativo en la narración del exilio. Por esto, para los estudiosos del exilio, es importante fijar la mirada en esta figura (Sznajder y Roniger, 2013). El *escritor exiliado* es un caso paradigmático que da profundidad y amplitud a tal experiencia crítica; la perspectiva que da acerca de su experiencia es imprescindible para construir una imagen que relaciona exilio e identidad. Pero no sólo en términos sociales, sino que su carácter de «narrador» modifica el paradigma en varios aspectos: el carácter testimonial que su obra literaria da a la experiencia del exilio genera cuestionamientos tanto a la condición social coyuntural en cuestión, sino también acerca de cómo existe una relación entre las representaciones sociales que el individuo se hace y los contenidos de su obra artística.

Es necesario, como hemos dicho, indagar en tres vías: las condiciones sociales de producción artística, la práctica individual del escritor como creador y la obra como objeto autónomo. Por lo tanto, espacios donde el exilio sea una preocupación central resultan menesteres para ahondar en esta relación exilio, experiencia y producción literaria. Así, al relacionar un momento necesariamente de ruptura (exilio) con la constitución conceptual de una noción también hoy en día trascendental para las ciencias sociales, como la identidad, podemos mejorar en la hondura de la correspondencia casi originaria que existe entre ambas esferas del acontecer humano y, si además añadimos que la experiencia particular de estos exiliados está avocada al arte literario, es necesario indagar empíricamente en la importancia de su obra literaria como un objeto social posible de interpretarse y en el transcurso paralelo de su trayectoria con miras a la reconstrucción de relatos de vida; entonces, la retroalimentación sociológica es mayor.

Por ello, la triangulación de la información antes mencionada —condiciones sociales, experiencia individual y obra autónoma— comprueban que la literatura es una herramienta con la que cuentan los escritores para expresar sus preocupaciones personales, sus motivaciones y su perspectiva particular del mundo social. Al buscar una correspondencia del exilio con la literatura, hallamos que aquél genera una *intensificación creativa* en ésta, provista por una ruptura social, en este caso el exilio. Dicho de otra manera, si partimos de la idea que en la vida cotidiana (fenomenológicamente hablando) vivimos en un «dar-por-sentado-el-mundo», es el quiebre con esta vida cotidiana la que provoca una reflexividad amplificada (Giddens, 2011), la cual provoca una nueva mirada del mundo, lo que nos lleva a esa intensificación creativa y tal «intensificación» también es moldeadora de —y moldeada por— las representaciones sociales que el individuo crea a partir de su experiencia social, es decir, de las obras de arte.

De igual manera, para vislumbrar metodológicamente esta relación entre arte y mundo social, entre literatura y exilio, que englobe el complejo entramado del escritor exiliado y su experiencia, partimos de una estrategia cualitativa.

La construcción de trayectorias sociales desde una perspectiva cualitativa a partir de la herramienta de los relatos de vida (Bertaux), provista gracias a entrevistas semi-estructuradas y a profundidad. Con ello, se rastrea esas configuraciones de las representaciones sociales inscritas en un tiempo y en un espacio concreto que posibilitan la construcción identitaria que, a su vez, cristalizan el dinamismo que las representaciones artísticas tienen. La trayectoria, según Michel de Certeau, «dibuja [y] metamorfosea la articulación temporal de lugares en una continuidad espacial de puntos» (De Certeau,

2010), por lo cual, las representaciones se configuran en esos espacios y tiempos. Además, la importancia de la construcción de trayectorias en la situación apremiante de exilio ayuda al análisis identitario, en el sentido de Michael Pollak, ya que, si bien en el relato de vida las representaciones que posibilitan el vislumbramiento de la construcción identitaria, la experiencia crítica del exilio disloca la «naturalidad» con la que dichas representaciones son incorporadas; así, es importancia de «los objetos empíricos de casi todos los estudios sobre identidad sean tomados de las situaciones de transición o de traumas que ponen a los individuos en ruptura con su mundo habitual» (Pollak y Heinich, 2006). La importancia de este enfoque es que resalta el carácter múltiple del individuo; en un mismo relato podemos encontrar diversas trayectorias del sujeto estudiado: en el caso de este trabajo *trayectoria biográfica*, trayectoria como escritor y trayectoria como exiliado, lo que a su vez plantea diferentes temporalidades y ritmos en las mismas.

Para darle profundidad a la construcción de la relación entre experiencia del exilio y producción literaria nos apoyamos en lo propuesto por Rivera Sánchez de captar todas las ondulaciones de un relato de vida en su carácter longitudinal. Si existen (o han existido) modificaciones, transformaciones, persistencias, rupturas o discontinuidades en una experiencia, la construcción de trayectorias longitudinales nos ayudarían a captarlo, ya que las «trayectorias vitales no necesariamente [son] lineales y definidas por un solo evento, sino producto del entrelazamiento de otras trayectorias en la experiencia de vida de las personas» (Rivera Sánchez, 2015). De igual manera, si uno de los supuestos de esta aproximación es que en el proceso de exilio (posibilidad-ruptura-resocialización) se puede, paralelamente, reconstruir un proceso de la producción de ciertas obras literarias, la herramienta de la trayectoria permite visualizar esa retroalimentación paralela al distinguir diferentes dimensiones de lo social, por lo tanto temporales, del individuo. Al observar el recorrido de la trayectoria como escritor junto con la trayectoria biográfica podemos vislumbrar imbricaciones complejas que nos ayuden a comprender mejor el papel que tiene el fenómeno del exilio en la obra literaria de los escritores seleccionados.

De igual manera, al reconstruir grandes lapsos de tiempo en una vida también se puede entrever la importancia que tienen los múltiples espacios en los relatos. La importancia de las trayectorias multitemporales es que son asimismo multiespaciales, y ¿qué podría dar mayor significación al carácter multiespacial de la trayectoria que una que relate el itinerario de un exiliado? Así, multitemporalidades y multiespacialidades siempre presentes en la existencia de un escritor que vive sus días en el exilio, se sustentan metodológicamente con una herramienta que trata de resaltar esa característica social.

Por otro lado, en el texto del enfoque biográfico espacial se resaltan las mismas ideas de múltiples tiempos y múltiples espacios, sin embargo lo que más llama la atención, por lo menos para investigaciones de este tipo es otra característica metodológica: la intención de este enfoque de construir no sólo trayectorias con hechos sociales objetivamente contrastantes, sino también de rescatar significaciones otorgados a situaciones del sujeto a investigar. Este método «permite acercarse a la experiencia migratoria atendiendo a la forma como los individuos experimentan el tiempo y el espacio, y dan significado a eventos específicos» (Velasco y Gianturco 2015).<sup>7</sup> Esto es realmente significativo para este texto debido a que, como se mencionó anteriormente, no nos vamos a orientar única y objetivamente en los hechos del exilio, sino en su experiencia, es decir, en cómo los escritores «experimentaron» dichos acontecimientos, por lo que un enfoque que permita, metodológicamente, localizar significaciones provee un gran avance.

Evidentemente, este acercamiento a sentidos y significaciones y no sólo a hechos exige del investigador un trabajo hermenéutico serio para localizar dichos sentidos y no caer en una sobreinterpretación casuística.

La segunda vía propuesta es el acercamiento de la obra literaria como producción artística inscrita en condiciones sociales específicas. Si bien no hay que reducir la obra literaria a sus meras condiciones sociales, tampoco hay que situarla fuera de ellas, en un plano metasocial. Un autor importante que podemos posicionar en un enfoque sociológico y que se preocupa por los elementos cualitativos de la obra es Paul Ricœur. La herramienta metodológica que propone este autor francés deviene en un trabajo hermenéutico —que deviene de los escritos de Gadamer y Heidegger (Grondin, 1999)— y trata de conciliar tanto las condiciones sociales de producción literaria con la capacidad creativa del artista, el cual es demiurgo de sentido. Entonces, para hacer una exégesis relevante de la obra literaria es imprescindible anclar los diferentes elementos de ésta (sus imágenes, sus metáforas, sus referencias) a sus condiciones sociales de producción sin perder de vista nunca que dichos elementos son también inauguradores de un nuevos sentidos de lo que narran, ya que «toda narración interpela a una identidad narrativa propia de la obra artística» (Ricœur, 2013). Indagar por las imágenes, los símbolos, las metáforas resulta más productivo, ya que estos simbolismos tienen, evidentemente, una raíz social. Esta raíz se transforma, se *re-presenta*, cambia de forma y se autonomiza.

## **Conclusiones**

*Un trabajo inconcluso, por el camino correcto*

Evidentemente, no podemos dar por finalizado el trabajo que atañe al estudio del arte dentro de las ciencias sociales. El trecho que habrá que recorrer para generar mejores condiciones de inter y transdisciplinariedad en la investigación científica en la literatura es sinuoso y extenso. Con la variedad de herramientas metodológicas y teóricas habría que hacer, de igual manera, un examen crítico para posibilitar su utilización dentro de las ciencias sociales. Ninguna herramienta puede utilizarse —por más que nos parezca que ilumina claramente— sin un trabajo de examinación profunda de acompañamiento dialógico con las ciencias sociales.

Si el interés del sociólogo radica en adentrarse al mundo del arte debería, a mi parecer, convertirse un poco en esteta, en crítico de arte, en filósofo y hasta en hermeneuta. A pesar de que la sociología es una ciencia que ha avanzado infinidades en el último siglo, sus herramientas para aproximarse al mundo social, en todas sus facetas y matices, son insuficientes. Creo, ése es el camino de la célebre «transdisciplinariedad»: no un hacinamiento de perspectivas sin coherencia alguna, sino un examen crítico, de justeza y de justicia, de lenguajes y discursos que tratan de develar una pizca del encanto que tiene el mundo en el que vivimos.

Esas tensiones entre vértices opuestos —contexto-texto, mundo social-palabra poética, subjetivación-desubjetivación— y sus traslaciones, quedan muy marcados en estos poemas y nos ayudan a comprender mejor la manera en la que las vicisitudes que este poeta kosovar tuvo que atravesar puedan ser parte dentro y fuera del de estos cantos coléricos sobre el mundo. Todas estas reflexiones e interpretaciones se plantean de manera sublime y ahora nos queda a nosotros intervenir y pensar la literatura pensando en nuestras propias realidades... y viceversa. Este escrito trata, humildemente, de aportar su «granito de arena».

## **Bibliografía**

- Abric, Jean-Claude (Dir.) (2004). *Prácticas sociales y representaciones*. Ciudad de México: Ediciones Coyoacán.
- Bastide, Roger (2006). *Arte y sociedad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt (2010). *La globalización. Consecuencias humanas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Becker, H. (2015). *Para hablar de la sociedad. La sociología no basta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bhabha, Homi K. (1999) "Arrivals and departures" En Hamid Naficy (Ed.) *Home, exile, homeland. Film, media, and the politics of place*, pp. xvii-xii. Nueva York: Routledge.
- Bourdieu, Pierre (2007). "Para una ciencia de las obras" En *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, pp. 53-90. Barcelona: Anagrama.
- Del Olmo, Margarita (2007). "Identidades remendadas: el proceso de crisis de identidad entre los exiliados argentinos en España". En Pablo Yankelevich y Silvina Jensen (Comps.), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*, pp. 127-146. Buenos Aires: Libros del zorzal.
- Dubet, François (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Durkheim, Emile (2012). *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de México-Cuajimalpa/Universidad Iberoamericana/Fondo de Cultura Económica.



- Foucault, Michel (2003). “Cómo nace un libro-experiencia” En *El yo minimalista y otras conversaciones*, pp. 9-18. Buenos Aires: La Marca.
- Foucault, Michel (2009). *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2013). “El libro como experiencia. Conversación con Michel Foucault” En *La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto*, pp. 33-99. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Giddens, Anthony (2006). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Giddens, Anthony (2011). “Modernidad y autoidentidad” En Josexto Beriain (Comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, pp. 33-69. Barcelona: Anthropos.
- Jodelet, Denise (2008). El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales. *Revista Cultura y Representaciones Sociales. Año 3, No. 5*, pp. 32-63.
- Maffesoli, Michel (2005). *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Malkki, Liisa H. (1995). *Purity and exile. Violence, memory, and national cosmology among hutu refugees in Tanzania*. Chicago: University of Chicago Press.
- Marx, Karl (2001). *El Capital I. Crítica de la economía política*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl (2007). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. México: Siglo XXI.
- Mead, George H. (2016). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Barcelona: Paidós.
- Nancy, Jean-Luc (2007). *La representación prohibida*. Argentina: Amorrortu.
- Schütz, Alfred (1993). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós.
- Rivera Sánchez, Liliana (2015) “Las trayectorias en los estudios de migración: una herramienta para el análisis longitudinal cualitativo” En Marina Ariza y Laura Velasco (Coords.), *Métodos cualitativos y su aplicación empírica: por los caminos de la investigación sobre migración internacional*, pp. 455-493. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales(IIJ-UNAM)/El Colegio de la Frontera Norte.
- Schütz, Alfred (2003). *El problema de la realidad social. Escritos I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Simmel, Georg (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Sznajder, Mario y Roniger, Luis (2013). *La política del destierro y el exilio en América Latina*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Velasco, Laura & Gianturco, Giovanna (2015). “Migración internacional y biografías multiespaciales: una reflexión metodológica” En Marina Ariza y Larua Velasco (Coords.), *Métodos cualitativos y su aplicación empírica: por los caminos de la investigación sobre migración internacional*, pp. 115-149. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales (IIJ-UNAM)/El Colegio de la Frontera Norte.

Weber, Max (2008). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Wagner, Wolfgang & Flores-Palacios, Fátima (2010). Apuntes sobre la epistemología de las representaciones sociales. *Educación Matemática, Vol. 22, No. 2*, pp.139-162.